



La sabiduría de los idiotas

Sohail Inayatullāh



El sol brilla cegador sobre la pequeña aldea de Bavracona en el Punjab. Su calor reseca el cuero cabelludo y la piel de los labradores que trabajan la tierra quemada. Los que no trabajan se sientan bajo la sombra protectora de la enorme y verde higuera. Allí los niños juegan, las madres cotillean, los ancianos fuman una *bookab*, y yo estoy sentado en un catre parcialmente destrozado, mitad leyendo un manual de métodos de recogida de datos y mitad mirando hacia el horizonte en busca de algo, aunque no sé qué.

Mis ojos se alzan distraídamente y miro por entre las ramas de la higuera en busca de humedad, de lluvia. No hay nada, miro hacia abajo, a mi libro, y me pregunto cuánto tiempo más me llevará acabar mi trabajo. Una parte de mí sabía, cuando planifiqué mi investigación en la Universidad de Lahore, que acabar mi tesis podría llevarme más tiempo si volvía a la aldea de mi infancia, pero tenía mucha necesidad de enseñar a los aldeanos. Esperaba que, gracias a mis esfuerzos, uno o dos de ellos pudieran realmente acabar la escuela e incluso ir al instituto.

Me levanto y lentamente me encamino hacia una niña a quien he estado enseñando urdu. Me agrada ver a Asma leyendo su libro de texto de lenguaje de segundo

grado. Su padre, un anciano de barba blanca, se sienta junto a ella fumando tranquilamente una *bookab*.

«Gracias por ayudar a mi hija», dice Mohammad Jān. «Pero, ¿y tu? Siempre estás leyendo, y si no, escribiendo en ese gran cuaderno tuyo». Me sorprende oírle cuestionar mi trabajo. «¿Por qué no te juntas más con nosotros?», añade. Quiero decirle que tengo pocas ganas de juntarme con ellos pero, como es mi tío y estoy en su casa, decido que es mejor ser educado y no decir nada.

Otro hombre mayor, Rahim, que es extremadamente delgado y anda con una leve cojera, irrumpe en nuestra conversación. «Debería ir a trabajar a los campos, como los demás de su edad». Aparta su mirada de mí y dice, «¿Pero qué sabe él de trabajo duro? Incluso cuando era joven prefería quedarse en su habitación, leyendo todo el día».

Empiezo a enfadarme. Quiero recordarle quién está en la universidad y quién es un analfabeto, pero no digo nada. En vez de eso, les vuelvo la espalda y dirijo mi atención a Asma. «¿Ves? Mira a tu padre y a Rahim. Son un par de vagos. Todo lo que hacen es sentarse por ahí, fumar y tomar té».

Jān acaricia suavemente el largo pelo de su hija. Sus



ojos se pasean sobre la pequeña mezquita de adobe que han construido los aldeanos. «Si no te gusta el campo, al menos ven a rezar con nosotros alguna vez», añade Jān. Bajo los ojos. Y entonces él vuelve a fumar su pipa de agua.

«¿Cómo va a ser?», dice Rahim, «simplemente se sienta fuera de la

cerca, alguno de los niños pide a todos que se reúnan. Las mujeres discuten acaloradamente quiénes pueden ser los inesperados forasteros. «Seguramente idiotas», digo en alto, sintiéndome todavía furioso. Jān deja de fumar su *bookah* para llevarme la contraria. «Son nuestros amigos», dice.

dice una vez más que son amigos.

Del *tonga* salen dos personas. El primero es alto y tiene facciones duras, con un mostacho negro y curvo. El segundo es pequeño y muestra una gran sonrisa en su redonda cara. Encuentro más pruebas de su salud material en sus voluminosos estómagos. Jān y Rahim ya están varios



Peregrinos en el mausoleo del santo sufí Mo'inuddīn Ajmer en India. Cortesía de Nacho Castellano.

mezquita a tomar notas». Ambos se echan a reír, e incluso Asma se une a su fiesta. Quiero decirles que sus rituales religiosos son estúpidos, que todas sus jornadas en el campo solamente destruyen su salud, pero me contengo. Mi estómago, tenso cuando me enfado, comienza a doler. Miró más allá de ellos y de la aldea. Noto una nube de polvo. Algo se acerca por la carretera hacia la aldea.

El polvo parece ser causado por caballos. Antes de que lleguen más

Los caballos casi están ya en la aldea. Tiran de un carruaje ligero de dos ruedas. Hay dos hombres en el pescante, uno lleva las riendas y el otro se sienta a su lado. Los caballos se paran y la puerta del *tonga* se abre. Nadie parece saber que ocurrirá. Tengo una idea, me doy cuenta de la rica madera y de los caros adornos que decoran el carruaje. «Si no son idiotas, son criminales». Ambos, Jān y Rahim, reúnen la fuerza suficiente para levantarse. Jān carraspea y me

pasos por delante de mí, andando con una soltura que habría pensado imposible. En unos segundos, los cuatro hombres se están abrazando cordialmente. Los otros aldeanos también rodean a los dos hombres. Solamente yo permanezco aparte.

Con una observación más cuidadosa noto que, de hecho, se arremolinan alrededor del hombre pequeño de cara redonda. Me pregunto por qué. Hay algo diferente en él, quizá sean sus ropas, de un blanco resplan-

deciente, bordadas en oro. Los campesinos se agolpan a su alrededor como mendigos. Qué tontos, pienso, y entonces noto al hombre pequeño mirando hacia mí directamente y sonriendo. Parece reconocerme y como si estuviera ansioso de saludarme. Pero sé que no me lo han presentado con anterioridad. Quizá se fija en mí porque soy obviamente diferente de los demás. O quizá piensa que conocerme le puede ser tan beneficioso como instructivo.

De pronto, aparta sus ojos de mí y sonrío a unos niños que se le están abrazando. Ya que todo el mundo le conoce tan bien, deduzco que debe haber visitado la aldea mientras yo estaba ausente en la Universidad.

En diez minutos, todo el mundo está sentado alrededor de la higuera y sirven leche a los visitantes. No puedo creer que estén sirviendo a los visitantes algo de la preciosa provisión de leche de la aldea. Evitan dar leche incluso a los parientes sedientos, y podría jurar que una vez oí casualmente a algunas de las mujeres quejándose de que yo bebo demasiado. ¿Entonces, por qué a esta cuadrilla no necesitada?

Me aventuro hasta Mohammad Jān y le pregunto quiénes son estos caballeros. Me mira y me sonrío. Repito la pregunta. «Pregúntale», me contesta, señalando al hombre pequeño, quien, para mi asombro, no ha dejado de sonreír. En lugar de acercarme al hombre pequeño, me dirijo al hombre alto. Me dice que han venido a la aldea para dispensar sus bendiciones espirituales. «No me parecen ustedes especialmente espirituales», digo. No se defiende; al contrario, como el hombre pequeño, empieza a sonreír. Comienza a molestarme que todo el mundo sonría tanto. No puedo entender su felicidad. ¿Se están riendo de mí?

Y entonces lo comprendo. Es la leche lo que les hace felices. Esto me disgusta profundamente, porque no quiero que los aldeanos sean manipulados para quitarles sus provisiones de leche. Me las arreglo para calmarme y pregunto su nombre al hombre alto. «Aurangzeb», dice. «Y el nombre de mi maestro es el sufí Bābā Ali Fa-

rid Jān».

«¿Su maestro?», pregunto asombrado. Entonces él procede a explicar que su maestro es un gran santo, añadiendo que él mismo es uno de los muchos discípulos del sufí. Recuerdo vagamente a mi madre hablándome de los sufíes cuando era niño. Me había prevenido de que tuviera cuidado con ellos porque, demasiado vagos para trabajar, eran simplemente mendigos avisados. Y recientemente, en una clase de religión en Lahore, habíamos discutido la naturaleza problemática para el Islam de la relación sufí maestro-discípulo.

El sufí está abrazando ahora a un niño pequeño que le ha dado una madre orgullosa. Supongo que esto debe ser alguna especie de bendición. Me pregunto cómo el sufí ha convencido a los aldeanos de que sus bendiciones pueden ayudarles. ¿Qué esperará a cambio de sus palabras? Quiero decirle a la madre que, en vez de bendiciones espirituales, debería haber vacunado a su hijo en Lahore, pero desafortunadamente los aldeanos temen la gran ciudad. Los que por fuerza visitan Lahore se pierden en las grandes multitudes.

Me alegra pensar que pronto terminaré mi tesis, pues vivir en la aldea se ha ido haciendo cada vez más insoportable. Aunque he venido con regularidad a lo largo de estos años, nunca me había quedado más que unos pocos días, ni había estudiado tan de cerca a los aldeanos. Pero ahora que mi investigación progresa puedo ver qué ridículo es su comportamiento. Y aún más, cuando miro atentamente sus caras, la mayoría tiene extrañas sonrisas de contento y un aire de felicidad al que no puedo encontrar razón aparente. Incluso los que trabajan todo el día bajo el ardiente sol charlan y ríen juntos por la tarde cuando sube la fresca luna.

El sufí devuelve el niño a su madre, y noto que luego me mira directamente. Durante un breve momento, todos los demás desaparecen y le veo sólo a él. Sus ropas y su cara casi parecen resplandecer. Me siento desnudo ante sus ojos y aparto la vista. Su mirada penetrante me deja confuso y no sé que pensar.

Aurangzeb me insta a acercarme al sufí. Decido aceptar la oferta y reunirme con este personaje, Bābā Farid. Quizá le enseñe que no todo el mundo en Bavracona es un tonto inculto y crédulo. Mis pasos son lentos mientras voy pensando qué diré. El sufí les dice a los demás que se aparten mientras me aproximo, y nos saludamos.

«Hace mucho que esperaba encontrarme contigo». Le pido que me explique lo que quiere decir, pero solamente sonrío. «Hay una razón espiritual para nuestro encuentro de hoy», añade. De nuevo le pido una explicación, pero dice que mi sistema de creencias no permitirá a mi mente comprender. Antes de que pueda replicar, me pregunta mi nombre. Esta vez no respondo.

«Eres estudiante de psicología en la Universidad de Lahore, ¿no es así?»

Le miro a su cara oronda y pregunto cómo lo sabe. Sus ojos parecen hacerse más negros y más profundos. «Solamente una suposición acertada», dice con una amplia sonrisa. De repente mi estómago se encoge. ¿Quién demonios es esta persona, me pregunto? ¿Y cómo es que me conoce? ¿Le han hablado de mí los aldeanos? «Soy un servidor de *Allāh*», dice. «No es importante que yo te conozca, es importante que tú te conozcas».

No sé qué decir, o qué hacer. Siento mi cara enrojecida, mi mente confusa. Para mi sorpresa, quiero llorar. Le miro a los ojos buscando una pista para mi estado, pero él mira a otro lado. Ahora, Jān, Rahim y otros muchos me miran. Siento la ira inundando mi cuerpo. Mis manos se tensan y de mí interior surge el impulso de golpear al sufí, pero me las arreglo para contenerme y me alejo.

«¿Vendrás a hablar conmigo de nuevo?», me pregunta. «Quiero saber más de tus estudios, de tu investigación». No miro hacia atrás. Sólo quiero estar lejos de ellos. Lejos del sufí.

Mi paso se acelera y pronto estoy corriendo. Una parte de mí quiere mirar atrás, al sufí, pero otra no. No quiero. Me pregunto a mí mismo por qué quería llorar un poco antes. No podía imaginarme tan fuera de

control. Atravieso una pequeña acequia de desagüe, paso al patio de la casa de adobe de Jān y entro en mi pequeña habitación aneja, donde me siento sobre la cama. Otra vez siento sobre la cama. Otra vez siento saltársese las lágrimas. Aprieto los puños y las lágrimas se marchan, dejando solamente una opresión en mi estómago. Siento que es la tercera vez que experimento hoy este dolor, pero ahora es mucho más fuerte. Enciende la luz, cojo uno de mis libros y comienzo a leer. El malestar desaparece a medida que quedo absorto en el libro sobre la mente humana. Las palabras en la página traen algo de paz a mi cansado espíritu, y pronto dejo el libro y me duermo.

Comienzo a soñar. Cientos de libros se mueven velozmente hacia mí a través del aire. Los libros aparecen de la nada y desaparecen rápidamente. Intento leer los títulos, pero soy incapaz. Quiero ver desesperadamente qué información contienen los libros. Necesito ver, pero sigo sin poder. Cuanto más lo intento, menos puedo ver, y comienzo a sentirme más frustrado. Miro a mi alrededor para ver dónde estoy, y cuando noto que estoy en la Universidad, la frustración desaparece.

Entonces, al momento siguiente, me encuentro de vuelta en la aldea. Pero ahora soy más joven y estoy leyendo un libro para niños. Vuelvo la primera página. Veo a mis padres. Paso a la siguiente y veo mi escuela. De repente soy adulto, y un retrato del sufí me está mirando. El sufí sonríe y puedo ver sus dientes brillantes. Me duele el estómago y entonces el sufí comienza a llorar. Las lágrimas parecen fluir sin parar de sus redondos ojos negros. Le observo llorar, mi corazón se caldea y enseguida yo también siento la necesidad de llorar.

El calor seco me despierta. ¿Dónde estoy? Mirando la habitación, me doy cuenta que estoy de vuelta en Bavracona. Busco entre mis libros, hasta que encuentro uno sobre la interpretación de los sueños y leo en diferentes partes del libro. Pero no consigo encontrar algo que pueda explicar adecuadamente mi sueño.

Considero la posibilidad de que la respuesta no esté en los libros, sino

en el sufí. Sin embargo, desecho esta idea rápidamente, recordando que los libros siempre me han explicado el mundo. Seguramente lo harán de nuevo. Cuando vuelva a Lahore, me digo, podré encontrar la información necesaria a través de mis profesores o de la biblioteca de la Universidad, y entonces mi sueño tendrá sentido.

Fuera, el viento sopla suave y el frescor de la noche comienza a relajarme. Los campesinos pronto regresarán de los campos para tomar té juntos. Me alegro de no tener que cultivar los campos, porque me parece una pérdida de tiempo trabajar desde la mañana a la noche, sudando abundantemente, sólo para ganar apenas el dinero suficiente para mantener a la familia. Hace años, cuando era más joven, trabajé duro labrando la tierra. Entonces me prometí a mí mismo que nunca volvería a trabajar en el campo. Los campesinos nunca se tomaban tiempo para reflexionar sobre el mundo, sobre el propósito de sus vidas. Yo me había tomado tiempo, estudiando fuerte, e incluso había dado mi herencia a la aldea. Pero todavía no apreciaban todo lo que había hecho por ellos, todo lo que aún podría hacer por ellos.

Como estoy sediento, decido caminar hasta la higuera y ver si alguien sirve té. El camino está sucio. El estiércol de las vacas está pegoteado contra los muros de adobe de las casas y el canalón huele horrible, como de costumbre. Camino un poco más rápido, deseando estar ya de vuelta en Lahore.

Suponiendo que el sufí estará aún bajo el árbol, experimento una mezcla de miedo, curiosidad y rabia ante el pensamiento de verle de nuevo. Me pregunto por qué estoy reaccionando de una manera tan inusual hacia este hombre. ¿Qué pasa?

Hay unas diez personas tomando té alrededor del árbol. El sufí está hablando a algunos labradores. Todavía no puedo entender el respeto que le profesan. ¿Quién es? Empiezo a dudar de mi anterior idea beligerante de que estuviese aquí para quitarles su comida y su bebida. Puede que sea algo más. Quizá tenga un complejo de inferioridad. Quizá esté solo y asusta-

do, y de ahí su necesidad de convertir a otros a su sistema de creencias.

El sufí me mira al acercarme. Sus ojos me taladran y el miedo se dispara en mi cuerpo. En el momento en que siento dolor, él cierra sus ojos y sonríe. Trato de reunir todo mi coraje y calmar rápidamente mi galopante corazón. Pero no puedo.

Mohammad Jān, Rahim y el discípulo del sufí, Aurangzeb, me saludan. Aurangzeb pregunta si he dormido bien. Cuando asiento, sonríe del mismo modo que el sufí. La sonrisa de ambos me sigue dejando perplejo. Es una expresión que raramente veo en Lahore, aunque muchos de los aldeanos sonríen de esta manera todo el tiempo. Puede que sean genuinamente felices. Pero hay algo acerca de su felicidad. Y entonces comprendo: la ignorancia es cándida. Solamente a causa de su falta de conocimiento se creen felices.

El sufí me pregunta por qué estoy perplejo. En vez de contestar a su pregunta, le pregunto por qué está siempre sonriendo en medio de tanto sufrimiento en la aldea.

«En el Qorán se le llama la felicidad de *Allāh*. Solamente en el amor, en la sabiduría, hay beatitud», responde.

¡De pronto comprendo quién es! Adoctrina a los aldeanos, les convence de que es santo, aparenta que es feliz, les convierte a su secta, todo para controlarles. Luego, antes de partir, les pedirá dinero y donativos para ganarse su camino hacia Dios.

«¿Y qué si alguien no cree en ese *Allāh*?», pregunto. Mira dentro de mis ojos y luego dirige su mirada ligeramente por encima de mi cabeza durante unos pocos segundos. Presumo que está confuso, carente de respuesta, y empiezo a sentirme confiado de nuevo.

«Los sufíes se preocupan poco de las creencias, sólo se ocupan en la experiencia directa». Le miro y de nuevo me siento aprensivo. Me pregunto si tal vez está diciendo la verdad. ¿Pero, cómo puede ser posible? «Amigo mío», dice, «tus ojos saben, tu corazón sabe. Incluso tu mente sabe».

Detrás de mí, Aurangzeb pone

una mano en mi hombro y dice, «Está a tono contigo». Rápidamente me sacudo su mano. «No puedes esconderte de él», añade. Le digo que están equivocados, que nadie puede conocerme, que se están engañando. «Si os instruyeseis, entonces comprenderíais», digo.

«¿Comprender qué?», pregunta Aurangzeb ruidosamente. No sé qué contestar. Una vez más estoy confuso. Oigo al sufí decirle que sea amable. Aurangzeb asiente. Mi estómago comienza a doler como si algo quisiera salir bruscamente, liberarse. No tengo ni idea de qué, pero sospecho que tiene algo que ver con el sufí y los aldeanos. ¿Quién sabe? Puede que me esté haciendo algo. Me conmino a ser fuerte, a no culpar a otros de mis problemas. Y, de todos modos ¿qué puede hacer el sufí? Por alguna razón, recuerdo mi sueño acerca del sufí llorando y mi deseo de unirme a él.

Mohammad Jān se acerca y me ofrece un poco de té. Tomo la taza y sorbo el té. En poco tiempo, más y más personas se han reunido alrededor del árbol. Algunos toman té, otros fuman sus largas pipas, pasándose las por turno, dando cada uno una larga y lenta calada. El sonido del agua burbujeante llena el aire, y el dulce olor del humo se mezcla armoniosamente con el aroma picante del curry guisándose. En lugar de comer en sus casas, los aldeanos, en honor del sufí, planean comer juntos bajo el árbol. En ese momento, el sufí probablemente intentará convertir a la gente o hacerse con su dinero.

El sol casi se ha puesto, corre una brisa fresca y sale la luna llena. La aldea revive. La escena me recuerda la maravilla de la calma y la paz de mi infancia, una época de paz suave sin preocupaciones.

El té sabe dulce cuando toca mi lengua y me siento bien cuando baja por mi garganta. En la ciudad tomamos galletas con el té. El pensamiento de las galletas me da hambre y deseo que los que cocinan se den prisa y sirvan la cena.

El sufí, muy lentamente, con la cabeza ligeramente agachada, comienza a contar una historia. Todo el

mundo escucha con gran atención, esperando ansiosamente cada palabra. Asma, mi alumna, viene al árbol para su clase. Le llamo y le pregunto si está preparada para practicar su urdu. Me mira de reojo un momento y luego va hacia el sufí.

En poco tiempo, todos los de la aldea están reunidos a su alrededor. Jān está a un lado del sufí y Aurangzeb al otro. Enfrente hay un grupo de niños pequeños. Me siento muy solo. Mis ojos buscan al sufí, y cuando me devuelve la mirada, percibo una tristeza en sus ojos como si supiera lo que estoy sintiendo. Pero no estoy seguro. Tal vez sólo sea mi imaginación.

«¿Sabéis lo que pasa cuando los intelectuales y los sufíes ven un mango?», pregunta el sufí. «Dinos», replican los niños al unísono. El sufí ríe. «Los intelectuales se sientan alrededor y analizan el árbol. Cuentan el número de mangos, y después los vuelven a contar una y otra vez». Entonces pregunta si alguien sabe lo que hacen los sufíes. Algunos de los hombres más ancianos ríen. «Los sufíes», dice tras una larga pausa, «se comen los mangos». Entonces pregunta si ellos preferirían contar los mangos o comérselos. Todo el mundo se ríe ahora.

Todo el mundo excepto yo. La historia me ha puesto triste. Recuerdo a mi madre contándome historias parecidas cuando era un niño. Cuando lo hacía, mi padre me abrazaba estrechamente hasta que me dormía. Pero murieron de viruela, y hube de aprender a sobrevivir por mí mismo. Estudié duro y fui recompensado con una beca para la Universidad de Lahore. Aunque pretendía una licenciatura, los aldeanos seguían sin respetarme, ni yo a ellos. No necesito nada de ellos. En verdad, tienen suerte de que esté utilizando la aldea para la realización de mi tesis. Malamente serán capaces de leerla cuando se publique. Qué tontos son. Al pensar esto, mi estómago se tensa.

Quiero alejarme de los aldeanos, regresar a mi habitación y leer. En cuanto me ponga en camino, me doy cuenta de que una parte de mí no quiere volver a las estrechas pare-

des de la habitación. Una parte de mí quiere quedarse al aire libre y escuchar al sufí. No sé qué hacer. Me siento desgarrado y mi estómago continúa doliendo. Aurangzeb se levanta, se acerca y se excusa por sus anteriores palabras. Bajo los ojos. «Trata de ser amable contigo mismo», me dice. Le pregunto cuánto tiempo lleva con el sufí. Me dice que tres años. Le pregunto qué hacía antes, y me dice que estaba haciendo un doctorado en física en la Universidad de Karachi. Me quedo aturdido por esta revelación y cuestiono su decisión de viajar con el sufí. Aurangzeb ríe suavemente. Luego me mira directamente. «Adoraba la facultad», me explica, «pero toda mi educación me dejaba vacío. Algo se me escapaba».

No sé qué decir o qué pensar, salvo que quiero estar solo. Me sorprende diciendo a Aurangzeb que cierre el pico y me deje solo. En vez de enfadarse, rápidamente se disculpa de nuevo y se excusa. Me alejo del árbol. Ya está oscuro y casi caigo en un desahúe, pero acelero el paso hasta que echo a correr. En menos de un minuto estoy junto a mi habitación, pero no quiero entrar.

La historia del sufí y las palabras de Aurangzeb continúan preocupándome. Sus palabras retumban en mi mente. Intento echarlas afuera, pero no puedo, como si algo interior no quisiera dejarme. Se entretienen con mis pensamientos, con mis defensas, y pienso en todos mis años en la Universidad. Todos los libros que he leído, ¿son realmente inútiles? Sé que no lo son, pero la misma voz me dice que el conocimiento del sufí es también necesario. Y aún no estoy totalmente seguro: necesito una prueba. No quiero ser engañado.

¿Pero, dónde puedo encontrar la prueba? ¿En mis libros? Puede que contengan la respuesta a mi problema. Intento pensar en qué es lo que estoy haciendo mal. Sé que la respuesta está en alguna parte, que está cerca, pero no sé dónde. Cuanto más pienso, más se complica todo. Puede que sean mis palabras las que me confunden. Cuando considero esta posibilidad, emerge otra parte de mí, y ahora no quiero pensar. Quiero

experimentar. Miro alrededor y comienzo a correr.

Sobrepaso la última casa de la aldea y enseguida estoy en el campo. Los cultivos están recién plantados, así que, bajo la luz de la luna, el lugar parece misteriosamente agorero, aunque invitador. Me encuentro en un sendero que zigzaguea entre los arrozales. Mi respiración se acelera y mis piernas y brazos se mueven más deprisa. Salto sobre una pequeña acequia, pero aterrizo falto de equilibrio y caigo al suelo. Me levanto. Lentamente miro a mi alrededor. Noto que el sendero muere en el canal y me encamino hacia sus aguas.

Las aguas del canal fluyen ante mis ojos. La luz de la luna cabrillea en el agua. No viendo a nadie, me quito la ropa y salto dentro. El agua está fría y mis pies tocan la tierra suave. Con unas pocas brazadas enérgicas, nado hasta el otro lado del canal. Vadeo hasta la orilla poco profunda, donde puedo hacer pie confortablemente. Me complace que tras todos estos años todavía pueda nadar. Al mirar el fluir de la corriente, mi conciencia se enfoca en un punto en el agua. Parece quieta, aunque se mueve. Fluye sin esfuerzo, sin conflicto. Trato de entender el contento que siento, pero no puedo. El canal sigue con su movimiento decidido. Salgo del canal sintiéndome refrescado y estimulado, aunque tranquilo. Miro hacia los campos. Aunque no puedo ver lejos por la oscuridad, sé que los arrozales se extienden kilómetros y que el canal discurre sin fin a través de la campiña.

Me seco el cuerpo con las manos y luego me pongo la ropa. Me doy cuenta de que el sentimiento que obtengo del agua es importante de alguna manera para entender mi yo, porque ya no me siento más ni ansioso ni enfadado. Trato de reflexionar sobre esto, pero la presencia de los campos frente a mí domina mi atención. Ya no parecen agoreros o ásperos. La luz de la luna suaviza la tierra: cambia mi visión, y sonrío. Mi mente se siente ligera y camino de vuelta a la aldea.

Supongo que el sufí estará todavía hablando. Me pregunto si la ex-

periencia de *Allāh* es como la tranquilidad de la noche o el movimiento del agua. Quiero preguntarle al sufí si es así.

Cuando me aproximo a la aldea el viento se levanta. Se aprieta fuertemente contra mi cuerpo. El viento trae también el aroma del pan y del curry, y me percató de que los aldeanos ya están comiendo y de que estoy hambriento.

Nadie parece notar mi presencia al adentrarme en el área bajo la higuera. Están ocupados comiendo y charlando. Finalmente, Rahim me ve y me ofrece la manta ligera sobre la que está sentado. «Vas a coger frío con esta brisa», dice. Tomo la manta y me envuelvo con ella. Después me armo de valor y voy hacia el sufí.

Él me mira y sonrío. Su sonrisa se extiende por toda su cara redonda, haciéndole parecer muy cómico. Me río. Me siento muy ligero. Luego, de repente, saliendo de la nada, regresan todas mis dudas. Me pregunto si él es real, si Dios es real, cuál es el verdadero propósito del sufí para estar en la aldea. Otra vez mi estómago se pone tenso.

El sufí fija su mirada en mí intensamente y me ofrece un vaso de leche. Lo rechazo, pero él insiste educadamente. Tomo el vaso, lo examino y luego me lo bebo rápidamente. El líquido resbala cálido por mi garganta. Dejo de beber y miro a los que me rodean. Todos están observándome beber. Y, de alguna manera, parece un gran honor ser obsequiado con algo por el sufí. «Gracias», le digo. Me dice que más adelante me dará a comer un mango maduro. Reímos todos juntos. Durante un momento me siento cercano a él, pero enseguida mi mente da marcha atrás. Le miro y le pregunto qué es lo que quiere de la aldea. «Nada», dice, «tengo todo lo que necesito». Cierra sus ojos durante un momento y luego los vuelve a abrir lentamente. «¿Qué es lo que *tú* quieres de la aldea?».

No sé qué decir, pero mis ojos arden. Me pongo furioso y asustado, como si él hubiera mirado hondo en mí interior y expusiera todas mis faltas. Me pregunto qué es lo que realmente quiero de la aldea. ¿Son ellos

sólo datos para mi investigación? ¿He venido aquí realmente para educarles? No estoy seguro. ¿Les necesito? No lo sé. Pero hay algo en la forma en que ha dicho «tú» que me da miedo saber. Trato de bloquear mi mente, de bloquear mi yo. Cierro los ojos. Mi estómago se pone mucho más tenso, y sé que hay algo dentro de mí que quiere liberarse, que hay una parte de mí que debo abandonar.

«Dime, ¿qué es lo que has hecho por la aldea?», me pregunta el sufí. Hace una pausa y después lentamente, con precisión, vuelve su mirada hacia mí y dice, «mírate a ti mismo». Es como si yo mismo hubiera dicho las palabras y de repente quiero llorar, pero no me atrevo delante de todo el mundo. Un sentimiento arrollador de calidez se inicia en mi estómago y luego se extiende por todo mi cuerpo. Trato de pensar en mi habitación, en mis libros de psicología, en Lahore. Quiero sentirme enfadado con ellos. Pero estos pensamientos, estos deseos son forzados, ya no son reales ni me llenan ni un segundo más.

Jān me mira amablemente. «Eres parte de nosotros», dice. Luego, mirando hacia Asma, añade, «te necesitamos». Me tapo la cara con las manos y comienzo a llorar. Mi mente vuelve a los campos, al canal, a la luz de la luna. Abro los ojos y miro al sufí. Su cara es inexpresiva y de alguna manera comprendo que no va a decir nada más. Cierro mis ojos de nuevo y sé que no estoy solo. Siento afecto por los que me rodean, Jān, Rahim, los otros aldeanos, así como hacia el sufí y hacia mí mismo.

Me dejo ir de todos mis pensamientos, me ciñen unos cálidos brazos y mis propias lágrimas no paran.

